

Ensayo sociológico sobre el pueblo santandereano

Escribe: JOSE MANUEL PRADA SARMIENTO

— I —

Los pueblos como las personas, para formarse y constituirse necesitan de pases sucesivos en los cuales se hacen patente los fenómenos evolutivos, que enmarcan en las segundas la personalidad y en los primeros la caractelología, la tipología o el temperamento propiamente dicho del grupo que interviene en su constitución.

Si para la formación de la personalidad se necesitan elementos herenciales —matriz en la cual se forja todo ese andamiaje complicado y difícil de la misma—, en los pueblos los elementos mendelianos de las gentes que los constituyen, son factor de primer orden, puesto que del mezclarse de las razas salen tipos y subtipos interesantísimos, que casi siempre representan sus legítimos potenciales, que ostentan con características definidas, pero que a veces pueden dar salida a otros que permanecían ocultos, y en este caso son verdaderas sorpresas del salto que la herencia suele dar muchas veces en la historia.

Además de los factores hereditarios deben tenerse en cuenta aquellos otros que se denominan modeladores, siendo muy importante entre estos el medio ambiente, —verdadero esmeril donde se pulen las facetas y las aristas resaltan más—, cuya influencia es definitiva para poder tener una visión de conjunto completa y exacta. De la correcta mezcla de los factores hereditarios y de la innegable influencia que el ambiente desencadena o trae consigo, surgen los grupos étnicos, constituídos por una serie de factores comunes, de determinadas características, que son las que individualizan lo que viene a ser propio de las gentes de determinada región. Por ello, puede reconocerse fácilmente a un individuo en particular o a una agrupación regional. Los detalles, las características peculiares, son como rúbricas estampadas bajo las firmas de los propios pueblos.

Si se recorre cualquier país del mundo, hasta los que se precian de que sus razas no han sufrido mezclas, sorprenderá encontrar que ciertas regiones les imprimen determinadas peculiaridades a las gentes que en

ellas viven y llegan a individualizarlas dentro del gran grupo o conglomerado social de que hacen parte. Ello nos indica la importancia que tienen los factores externos en su zona de influencia sobre los entes en sí. Pero también significa, que no solo es importante en estos casos la parte meramente hereditaria, sino que el ambiente sigue siendo el modelador por excelencia tanto de las personas como de los mismos pueblos.

De ahí que sean tan diferentes en su manera de ser, el hombre de las llanuras o el que vive cerca al mar, del que confina su existir a los escarpados riscos de las cordilleras, o del que habita en los páramos o en las grandes hoyas hidrográficas. No son necesarias disquisiciones complicadas para llegar a esto que la simple observación enseña todos los días. Pero sí es interesante saber que el paisaje influye muchísimo al respecto. Al labrar caminos en los estratos diversos y complicados de las sensaciones, imprime características tales, que por ello el hombre cercano al mar y aquel que vive en las llanuras, tiene una visión muy amplia que configura optimismo, son perfectamente extrovertidos, de tal suerte que parecen estar en permanente fiesta, o que el interior bullanguero se les saliera por cada uno de los poros. En cambio quienes viven enclaustrados, cercados por montañas, o escondidos entre las hoyas, o cerca a los cauces de los ríos, tienen en realidad una visión muy limitada, que generalmente los torna introvertidos, de carácter rudo y batallador por excelencia.

Los sentidos son puertas siempre abiertas a la captación de influencias que no podrán valorarse completamente hasta tanto la ciencia no esté lo suficientemente avanzada. Vivimos todavía en un laberinto y falta mucha luz que permita la iluminación de zonas aún sumergidas en la oscuridad. Que nos baste saber cuán diferente es la apreciación del individuo ciego de nacimiento, de aquel que no lo es. La gama cromática corriente en el segundo, se ha convertido en gama auditiva y táctil en el primero, que llega así al conocimiento de los seres y las cosas tras experiencias múltiples que logran hacer que acople todos sus sistemas al servicio de aquel de que carece. Esto quiere decir, que se puede llegar a la misma meta por diferentes caminos. Como en la vida corriente, todos los senderos pueden llevar a la misma colina, siempre y cuando haya el suficiente sentido de orientación y sobretodo el fuerte anhelo de llegar a una determinada meta. Después de esto, todas las variantes imaginables son posibles, y lo largo o corto del viaje estará supeditado a ellas. Pero lo cierto en definitiva es que todos los caminos pueden llevar a una meta determinada, y por este solo detalle el mundo se torna pequeño, al fin de cuentas.

Si dentro de los mismos individuos de un grupo determinado, estudiados con lupa investigativa y analizados comparativamente muestran enormes coincidencias, si estas comparaciones se amplían a grupos de diferentes regiones, tendrá que concluirse que ciertas características propias dentro de los valores corrientes, actuarán precisamente como denominadores comunes. Pero no es menos cierto, que existirán a su vez enormes diferencias, lo cual indica, que en las operaciones corrientes con quebrados de valores representativos de una determinada región de un país,

siempre existirán denominadores comunes, que permitan realizar la suma con aquellos otros, que a primera vista parecían disímiles por sus valores interpretativos.

Un hombre del litoral tiene factores comunes que resaltan enseguida, pero también tiene factores propios que lo individualizan situándolo geográficamente en un determinado punto de la esfera terrestre. Cosa igual puede decirse de quienes habitan las planicies o las llanuras, las cuencas hidrográficas, los riscos, o los valles respectivamente.

Surge de esto por lógica una gran variedad de tipos, de grupos étnicos, dentro del conglomerado de un país. La topografía, los factores herenciales, el clima mismo, el paisaje abierto o encerrado y limitado, dejan hondas huellas, —verdaderos tatuajes de identificación—, dentro de estos grupos.

Hay algo más todavía. Los pueblos como las gentes viven etapas evolutivas que delimitan lapsos más o menos largos y corresponden exactamente a la niñez, la adolescencia, la juventud, la edad madura y la vejez de las personas. Como en estas zonas de la evolución vital, hay en las del desarrollo de los pueblos, una niñez clásica nimbada por todos los simbolismos y en la que predomina lo mágico como el adorno necesario dentro del mismo proceso. Diríase que es la que corresponde a lo propiamente aborígen. Viene luego la etapa o período en el que toman conciencia y sentido una serie de hechos que constituyen la fase propia del razonamiento, fase en la cual los símbolos dejan paso a los estados de conciencia plena, en la que el yo toma noción exacta y posición definida. Esta etapa del razonamiento en la cual todo lo mágico anterior deja el paso libre a las realizaciones plenas, a la realidad definida, a las estructuraciones de una personalidad que se definirá completamente al terminar la adolescencia y a medio camino de la misma juventud, en el proceso similar que venimos considerando relacionado con los pueblos, gasta casi tres períodos y marca los límites exactos de la culturación propiamente dicha, de la liberación en el estricto sentido de la palabra y el definirse de una especie de fisonomía propia en la cual, determinadas características son la serie de denominadores comunes para otros tantos valores conocidos. Dentro del proceso evolutivo anteriormente descrito se ve patente la llamada fase de mestizaje, o la del predominio de una raza sobre la otra, o también aquella en la que los elementos de una raza nueva tratan de amoldarse al nuevo medio, acoplándose a paisajes y condiciones exteriores de ambientación, que influirán enormemente sobre su no lejano futuro.

Y lógicamente dentro de esto que venimos considerando, llegará también el momento en el cual, la plena madurez se establecerá, y como en las etapas vitales humanas, dejará abierto el camino al progreso pleno, como manifestación exacta del definirse de los pueblos en todos los campos tanto sociológicos como políticos, así culturales como industriales, ya morfológicos como psicológicos. Esta etapa correspondería a la plenitud evolutiva a que todos los pueblos aspiran y en virtud de la cual las gentes siguen luchando sin descanso, animadas por la esperanza de conseguirla algún día. En esta etapa es fácil ver cómo regiones o pueblos

hasta ayer sometidos a un aislamiento constrictivo, rompen las barreras que les impedían ver el magnífico panorama amurallado por un pasado cargado de prejuicios y ensombrecido por las dudas. Este es el definirse de la personalidad de los pueblos, puesto que no hay duda que así como en las gentes este definirse es claro y convincente, en la vida de los pueblos se asiste a un fenómeno similar, en el cual las constantes mendelianas —viajeras en la herencia que configura razas—, el medio ambiente que moldea permanentemente en su forja, y el propio paisaje que se enquistaba en los sentidos, forman un todo homogéneo en el que se concentran las características peculiares de las gentes de determinada región.

Sin saberlo hemos llegado al encuentro con los grupos étnicos que se caracterizan por una serie de factores comunes, de aristas que los individualizan, tanto en los rasgos morfológicos como en los de tipo psicológico. Nadie negará en ellos la influencia extraordinaria que tiene lo que se ha heredado, que viene cargado de historia y tradición, y lo que se ha adquirido en ese eterno roce modelador constituido no solo por la tierra, sino por el paisaje, el convivir pacífico o revoltoso, la topografía, las inhibiciones de todo orden, y los anhelos de superación, que lógicamente actúan como un motor para que los pueblos continúen su ritmo de progreso.

— II —

Havellock Ellis dice refiriéndose a las características del pueblo español:

“Son caracteres distintivos en él: la tenacidad e indomabilidad a ratos, causa y efecto a la vez, de su amor a la independencia; una gran austeridad de costumbres (menos en ciertos mandamientos), fundamento de su heroico valor; un tradicionalismo inseparable del espíritu religioso, pero compatible con irrespetuosidad y espíritu destructivo ilimitados.

“El alma española sintetiza la suprema manifestación del espíritu humano, actitud de energía heroica, de exaltación espiritual, dirigida no al bienestar y al lucro, sino a la realización de los hechos más fundamentales de la existencia humana”.

Otra característica muy importante es el individualismo al decir de Martín Hume, quien en su *Historia del pueblo español* escribe: “Dotados de una gran viveza, de una imaginación y de una palabra florida que supera a la de los italianos del Sur, y procedentes de orígenes semejantes, los españoles poseen sin embargo, ciertos caracteres de su raza cardinal afrosemítica que, salvo en momentos de irresistible excitación y decaimiento social, refrenan la vida bullente de los latinos meridionales. La nota dominante de este primitivo carácter étnico es el individualismo avasallador, y todo lo que los españoles han hecho en el mundo, su grandeza imperial transitoria y su tenacidad perdurable, es debida a esa cualidad en sus varias manifestaciones. Hasta los tiempos históricos España no era una patria. La verdadera patria del español era su pueblo, o el

repliegue particular de los montes que formaban su mundo. Sus compatriotas eran no los que hablaban una lengua semejante, al otro lado de las montañas, sino los que hacían parte común con él en la parte de acá. El pensamiento céntrico de cada hombre era su propia independencia respecto de sus semejantes, y no había causa común capaz de fundir en una masa su orgullo personal con el del prójimo. Vinieron luego los romanos, y durante los siglos de su dominación, infundieron su orgullo ardiente en el corazón de cada uno de los españoles que formaban parte de aquel espléndido imperio, y animados por ese espíritu, los españoles se hicieron grandes, no como españoles, sino como ciudadanos individuales de la poderosa Roma. Cuando luego los godos infundieron nuevo vigor en la decadente España romana, el fervor cristiano unió a los españoles, y otra vez fue elemento de adhesión, el orgullo individual; la consideración de ser todos hermanos ante el trono divino hizo al esclavo ibérico igual al más altivo noble godo: cada hombre se engrandeció a sus propios ojos por el hecho de formar parte de los elegidos a quienes Dios miraba con especial atención individual. Posteriormente, el más grande de todos los movimientos nacionales del pueblo español, fue el que debió su fuerza a la exaltación espiritual mística fundada en el orgullo individual, que se apoderó de toda España en el siglo XVI e impulsó al pueblo hacia América del Sur, arrojando peligros y penalidades que rayan en lo inconcebible”.

No obstante que en el español de hoy puede reconocerse perfectamente al ibero descrito por Estrabón hace dos mil años, “la fibra característica del hispano es al modo de las hojas de Toledo, en las que la flexibilidad no es menor que la tenacidad, consistencia que suele manifestarse notoriamente y con características que la resaltan, en ese factor individualista ya mencionado”.

Para Menéndez y Pelayo hay otra serie de caracteres que contribuyen no poco a la decadencia del español. Dice él: “Es cierto que tiene una espléndida iniciativa, pero que está muchas veces desprovista de la constancia para llevar a cabo lo emprendido. La actividad del español es más pasional que volitiva, o sea que la determinan más el estímulo irritador de las pasiones, que el resorte dinámico de la voluntad. Esto se comprueba observando sus manifestaciones, en las que campea el desarreglo; la subjetividad, la ausencia de ritmo y la falta de evolución lógica hacia una finalidad deliberada, cualidades que precisamente caracterizan el modo de obrar pasional, distinguiéndolo del reflexivo, el cual es regular, metódico, progresivo y doblemente racional en su desarrollo y sus fines”.

Macías Picavea dice también al respecto: “Asusta al par que maravilla estudiar nuestra vida colectiva, pública y privada, a través de esta enérgica y persistente sicología de repulsiones y explosiones, de irresistibles estallidos de la pasión furiosa e impulsiva, o de inercias incommovibles de la pasión melancólica y deprimente: el hombre que se revuelve feroz y llega hasta el crimen por el inocente quebranto de cinco céntimos en su bolsillo, y ese mismo hombre que contempla impasible cómo una fuerza brutal le arrebatara toda su hacienda; la España que se deja conquistar desde el Calpe al Piriné en la rápida sucesión de un año por cincuenta mil mal compuestas lanzas africanas, y la España que se atreve

a levantarse contra el vencedor de Europa y sus más formidables ejércitos, dejándose matar antes que dejarse dominar y, lo que es más, triunfando en la increíble demanda a fuerza de ímpetu indomable y terca porfía... No se acaba nunca el vasto bagaje experimental que presta la peregrina biografía de nuestro pueblo para demostrar en todas sus obras el predominio de la actividad impulsiva, pasional, sobre la actividad evolutiva, voluntaria”.

Hemos visto en esto que hemos transcrito de escritores españoles y extranjeros, cómo en las características del pueblo español sobresalen grandes virtudes y también protuberantes defectos. Unas y otros han hecho de este pueblo lo que la historia se ha encargado de escribir como verdaderos hechos heroicos en el pasado. Ha sido este un pueblo de epopeyas. La conquista de América es una de las más grandes aventuras a que pueblo alguno se haya arriesgado. Y este pueblo español al mezclar su sangre con la del aborigen americano, al mismo tiempo que transmitía muchas de sus reconocidas virtudes, legábale también muchos de sus marcados defectos.

Es interesante estudiar también los diversos tipos del español de acuerdo con el sitio de que son oriundos. Para el caso concreto de Santander, las corrientes de sangre española fueron de asturianos, gallegos, aragoneses, vascos y catalanes.

“El asturiano es en general fuerte y ágil, sobrio, laborioso y sufrido, agudo en sus sentencias, conservador de las tradiciones a pesar de la renovación que sufra el país y muy celoso de sus derechos, que con frecuencia desfigura enredándose en cuestiones y pleitos. Su lealtad y su honradez son proverbiales, así como el amor a la patria, a la tierrina que se traduce por una continua nostalgia por su puebluín cuando tienen que emigrar. La mujer ayuda al hombre en las más rudas faenas, pero conserva no obstante, sus atractivos y singulares encantos y es atendida y respetada en extremo, aun cuando ya desde moza vaya sola e independiente al trabajo, al mercado o a la romería”.

Tienen los asturianos un folclor muy rico en tradiciones, creencias y supersticiones. Es frecuente en ellos la creencia del “mal de ojo” en los niños.

“El gallego está dotado de nobles sentimientos, es cortés, generoso, desprendido, hospitalario, de natural vivo y despierto, de fácil adaptación a todos los medios, sociable y de genio alegre y expansivo. En las mujeres, las cualidades morales no ceden en cantidad a su belleza física y campean en ellas la laboriosidad, la modestia, la abnegación y la ternura”.

“El aragonés es sobrio, altivo, incansable, laborioso, sincero, tenaz y amante de la independencia”.

Siendo trabajador incansable, le gusta divertirse de veras cuando la ocasión llega y lo hace entonces con toda la alegría bulliciosa que por dentro lleva. Es muy aficionado a la caza.

“El vasco se caracteriza por su gran civismo que no tiene por base la apatía, sino que es muy compatible con la terquedad para resistir a pretensiones infundadas. Los que creyeron que su paciencia es y debe ser ilimitada, tuvieron que llamarse a engaño en varias ocasiones y quizá, descontada la acción del freno moral, hubiera que contar al vasco entre los hombres de genio pronto y resuelto, y siempre con un pie en el aire, en lo servicial quizá mucho más que en lo quisquilloso. Para comprender que no es corto en palabras hay que oírlo en su lengua y con sus iguales”.

Tiene por filosofía que la finalidad del trabajo no consiste en crear algo que dé comodidad a los hijos, sino hacer algo que perdure como heredad después de la muerte.

Su folclor es rico en tradición. Tienen muchas creencias y supersticiones entre las cuales sobresalen las de la creencia en duendes y aparecidos, la del “mal de ojo”. Entre las prendas de vestir figuran las alpargatas.

“El catalán se caracteriza por su amor al trabajo, su afán de ahorro, la sobriedad, la instintiva repulsión al servilismo y la seriedad en el trato. Estas condiciones vienen un tanto amortiguadas por el marcado individualismo, la falta de perseverancia y las corruptelas propias del mercantilismo”.

Merece destacarse entre sus fiestas la del Corpus Cristi que la celebran como en muchos de nuestros pueblos con arcos llenos de frutas, animales, palmas y flores.

Famosa es la estructuración, organización y constitución de la familia catalana, la que ha merecido los elogios de muchos tratadistas extranjeros.

Por lo anteriormente expuesto se advierte la influencia notoria de este aporte español en el grupo étnico santandereano. Muchas de esas características que hemos enumerado se encuentran muy marcadas en las gentes de nuestro pueblo, porque por una beneficiosa circunstancia, Santander recibió corrientes de sangre muy buenas por parte del elemento español, y la sangre aborigen por su parte aportó muchos de sus caracteres, que nada tenían que envidiarle a los aportados por la de los conquistadores.

En efecto los guanes eran bien conformados, esbeltos, blancos, valientes y honrados. Sus mujeres eran muy hermosas e inteligentes.

Joan de Castellanos en “Elegías de varones ilustres de Indias, los retrata así:

*“Tienen disposición y gallardía
y es gente blanca, limpia y cuidadosa,
los rostros aguileños y facciones
de limpia y agraciada compostura;
y las que sirven a los españoles
es de maravillar cuan brevemente
toman el idioma castellano,
tan bien articulados los vocablos
como si les viniera por herencia”.*

Fray Alberto Ariza dice en su libro *La Aguada* lo siguiente: "Asturianos, andaluces, castellanos, navarros y vascos hallaron en esta región un pueblo muy afín a ellos en selectas virtudes: nobleza, franqueza, honradez, hidalga valentía. El contacto, lejos de desmejorar, engrandeció el tipo humano descendiente, predominantemente español con muy poca sangre indígena, y ella de la mejor, con la total ausencia de tipos y apellidos indígenas. Soberbios y arrogantes agataes, de encrespados penachos que inmortalizaron su valor con Tisquizoque el tremendo vengador del desalmado encomendero de Vélez, Alonso Gascón Guanes, cultos y aguerridos, que hicieron frente a Martín Galeano hasta la última flecha, y que cuando las aljabas quedaron vacías, prefirieron, a la esclavitud, perecer despedazados bajo los cascos de los caballos, "herrados con oro en aquellas escaseces"; yariguíes, avance de caribes hasta la quebrada de Martín Roper, que hostigaron al invasor y le dieron batalla hasta ser casi totalmente exterminados: tales los ancestros de nuestra gente".

De Fernández de Piedrahita, Joan de Castellanos y fray Pedro Simón, copio estos apartes:

"Los yariguíes eran poco numerosos, pero belicosos, agresivos e irreductibles. Los motilones del Catatumbo son rezagos de aquella tribu. En contraposición a la desgarbada, pacata y diminuta figura de los chibchas, eran aquellos al igual que sus vecinos los guanes, de apostura gallarda, piel blanca y despercudida, mirar altanero, además franco, muy buena estampa y parecer, aseados en su persona. El vestido, que los chibchas usaban por la necesidad de defenderse del frío, se llevaba en estas tierras en guarda del pudor. Sorprendidos quedaron los españoles con la varonía y belleza de estos indígenas. Las mujeres eran por extremo hermosas y de gentil disposición y despierta inteligencia, que les facilitó aprender rápidamente el castellano, con toda propiedad.

"Los yariguíes rechazaron el dominio español hasta ser casi totalmente aniquilados después de largas y violentas luchas. Hasta bien entrado el siglo XVII mantuvieron a los españoles fuera de su territorio, haciéndoles periódicas incursiones, que llegaron hasta Pamplona, y destruyeron la ciudad de León en el Valle del río Serrano o Sogamoso".

En cuanto al valor, disciplina y coraje de los guanes, la historia y las crónicas de la conquista están llenas de pasajes que los confirman. Cito aquí lo que dice fray Pedro Simón muy bien traído a cuento por don Enrique Otero D'Costa en su *Cronicón solariego*. Dice así: "Ya se acercan, ya llegan las cohortes invasoras a las primeras casas del pueblo; ven una de mayor apariencia y suponiéndola ser la del cacique, se descolgaron sobre ella. Mas de pronto un escuadrón de valientes piqueros macareguas que estaba en acecho, les salió al paso, y se trabó la acción, atacando los indios con tan buen coraje, que los castellanos hubieron de echar mano a sus rodela más que de prisa. Varias veces los españoles ganaron terreno, y otras tantas fueron rechazados por aquel aguerrido escuadrón, cuyos soldados batallaban con tanto orden, disciplina y acompasados movimientos, que más bien parecían adalides de los famosos tercios de Flandes, que soldados de la milicia indiana".

Respecto a las industrias de los guanes dice Otero D'Costa: "Era este un pueblo esencialmente agrícola, virtud esta que se ha transmitido a los modernos habitantes de esas tierras. El algodón se cultivaba profusamente y buena parte de la población se dedicaba a la fabricación de mantas. Conocían también el arte de la tintorería y pintaban las telas con firmes y variados colores. Cultivaban así el fique o henequén, del cual hacían hamacas, andas, costales y mochilas. Estas industrias estaban tan arraigadas que en nuestro siglo continúan en la región la hechura de mantas de algodón que tejen los hijos del pueblo en los primitivos telares de los indios. La fabricación de costales de fique constituye hoy la fuente principal de vida de comarcas enteras".

El etnólogo Luis Duque Gómez dice refiriéndose a la cultura y origen de los guanes: "Las noticias suministradas por los principales cronistas de la conquista en especial por don Joan de Castellanos, nos induce a pensar, que el corpus principal de la cultura de los guanes, puede atribuirse a un sub-grupo chibcha. Los trabajos arqueológicos verificados en tiempos modernos a lo largo de varias zonas del departamento de Santander, especialmente las exploradas por Schottelius en la Mesa de los Santos, confirman en parte esta tesis. Sin embargo, es necesario admitir también que estos mismos hallazgos nos suministran elementos atípicos en el área chibcha, como es el caso de la deformación artificial del cráneo, los cuales sumados a ciertos toponimios extraños, parecen indicar influencias foráneas explicables, quizás, por tratarse de una zona de contactos con pueblos karibinizados".

En su libro: *Cómo se ha formado la nación colombiana* dice el profesor Luis López de Mesa refiriéndose al núcleo santandereano: "Mas fuera del abolengo peninsular, otras causas parecen compartir la génesis del recio temperamento santandereano. Entre ellas, la sangre caribe, como que aquel territorio estuvo siempre cercado por Muzos del Minero, Achaguas del Llano, Motilones del Catatumbo, Chitareros de Pamplona, Agataes del Horta, Yariguíes del Lebrija, sin contar con que los mismos Guanes (chibchas con influencia caribe), fueron más blancos, más esbeltos que el chibcha del altiplano, y nada pusilánimes".

Se puede entonces afirmar que el elemento español aportó a la constitución de este núcleo, la tenacidad e indomabilidad, causa y efecto a la vez de su amor a la independencia; una gran austeridad de costumbres, fundamento de su heroico valor; un tradicionalismo inseparable del espíritu religioso, y el individualismo que ha sido como el motor que ha movido al pueblo español a las mayores hazañas, entre las cuales debe contarse la del descubrimiento y conquista de América.

El aborígen por su parte dio también su contribución muy importante: la de la sangre caribe, caracterizada por la belicosidad, la combatividad, el ánimo de lucha y de independencia, y las peculiares características de los guanes que eran muy laboriosos, valientes y disciplinados. Esto dio origen a un núcleo definido, cuyo "temperamento aparece en los anales de la república como el más altivo, franco, independiente, individualista, estoico, guerrero y laborioso con que cuenta el país".

Como puede apreciarse las dos corrientes de sangre fueron muy buenas y el núcleo resultante las mejoró aún más.

— III —

Con Daniel Samper Ortega se puede decir: “En Colombia gracias a las montañas, a estas montañas que a la vez nos separan y nos unen, hemos tenido la fortuna de no vivir girando en torno a una punto único. Cada región posee un centro de suficiente entidad para que la vida provinciana tenga un sentido y un valor.

“Sin embargo, a pesar de sus similitudes, nuestras cordilleras son distintas y han educado de diversas maneras a los hombres que se abrigan entre sus vegas y aristas. La cordillera oriental abunda en valles plácidos, y esa placidez se ha infiltrado en el cundinamarqués y boyacense, que amarran su cuerpo a la tierra y sueltan a volar la fantasía. Los hombres del Reino somos indolentes, aún los santandereanos, a quienes el valor y la osadía no restan apego al terruño y al hogar. Nosotros no hemos conquistado las cumbres: nos contentamos con su contemplación. Nos gusta admirarlas cortando su silueta azul contra la brillantez de la mañana y teñida con la sangre del sol en el dorado atardecer”.

En relación con la influencia topográfica sobre el santandereano, dice fray Alberto Ariza en su libro *La Aguada*: “El aislamiento impuesto por las ásperas breñas ha producido el hábito de valerse solo, y ha infundido confianza en el propio esfuerzo creador. La región arriscada, de escasas planicies y abundantes serranías, no da lugar al habitante sino para extasiarse un segundo en la profunda y ardiente hoyra de sus ríos o, de cuando en cuando, en las faldas de las cordilleras para asentar un pueblecito en un recodo. Semejante bravura de la tierra ha contribuido a la recia personalidad de sus gentes, al amor a la propiedad que da autonomía económica, base de la autonomía personal, espíritu de colaboración, generosidad sin asomos de sórdida avaricia, arraigo a tierra, mientras más ingrata más querida, y un gran amor a la libertad”.

Jaime Barrera Parra escribió sobre Santander lo siguiente: “Santander, nuestra tierra, ha podido ser a través de la historia la caja de ahorros de las grandes virtudes que hicieron posible la república, las revoluciones y la cultura. Mientras sus hombres se batían por la democracia, la mujer representaba la luz diamantina del hogar, esa chispa de ideal, de pureza y de ensoñación que justifica toda faena y crea a través de los años la tradición de las cunas y de los cantos, de donde surge pulcra la raza, crisol de proezas y de hazañas.

“Santander, nuestra tierra, representa la albacea del valor, de la hidalguía, y de la insolencia. Sus virtudes se confunden con sus defectos. Por todas partes el sol y la sangre tienen su pica sobre el vivir cotidiano, enmarcado en un dramatismo tan costoso como incitante, las aventuras de la existencia.

“Santander nuestra tierra es morena y ardiente como la Sulamita. El sol y el viento baten los tambores de cuero de sus montañas. En cada

hoguera se adivina el vivac de las antiguas revoluciones. Sobre ellas hubo siempre sonrisas y ojos de mujer que iluminaban como fanales el espanto de las tinieblas”.

Tomás Vargas Osorio escribió: “Muchas noches me he propuesto la cuestión de que la afinidad entre el hombre santandereano y su paisaje radica en algo más sólido y duradero, y asimismo en algo más sustancial y hondo, que los simples determinismos de que tanto habló Hipólito Taine. ¿No habrá en el fondo de esta cuestión otra cuestión estética? Parece que el paisaje nuestro vive solamente en función de restarse a sí mismo, de liberarse de todo lo que no sea esencial y necesario. Su característica principal es la sobriedad que solo advierten quienes han convivido con él, en lucha continua contra la abundancia de elementos que afluyen tumultuosamente a hacer del paisaje un cuadro de lujurioso barroquismo. Las montañas se lanzan con ímpetu hacia el azul y de pronto se paralizan en este vuelo majestuoso de sus moles y se quedan allí, recortadas, con ansias de mayor elevación; los ríos quieren desbordarse y anegar los contornos, pero sus aguas aprietan en caudales angostos y se precipitan veloces como caballos sujetos a una pista irremediable. Es un combate contra lo excesivo en favor de la medida y del ritmo, una tendencia geológica a la sinfonía de las cosas.

“El alma santandereana es una alma musical. El número, la matemática, presiden su desarrollo y lo controlan; de estar ausentes estos elementos imponderables se desbordaría saliéndose de madre como en las grandes avenidas de los ríos; pero no: para no extraverterse va cavando la hondura de su cauce, adentrándolo en las regiones substanciales del ser. Ser, sentirse, he ahí la gran preocupación de nuestra alma y de ahí ese explorar constante de los submarinos fondos del corazón en busca de una Atlántida perdida que añoramos sin nunca haber conocido”.

Gabriel Giraldo Jaramillo refiriéndose a Santander dice: “Allí se constituyó, a base de uno de los núcleos aborígenes más civilizado de la precolombia —los Guanes— y con el aporte de lo mejor de la estirpe hispánica, un pueblo de vigorosa personalidad y virtudes excepcionales; gente gallarda, de espléndida estampa, de raras cualidades cívicas y humanas, ardiente, valerosa, temeraria en ocasiones, que ha sabido combinar sabiamente el interés por lo material con las preocupaciones de la inteligencia y el progreso de la cultura”.

En el libro *Historia y tradiciones de la Villa de Aratoca* de José Manuel Rojas Rueda, encuentro escrito por Rafael Ortiz González lo siguiente: “El hombre es siempre un paisaje, un pueblo, una ciudad, una villa, una aldea o una comarca. Cuando se es fiel al paisaje, el hombre se multiplica y se proyecta sobre un pueblo con universales contornos, con nacionales latidos. Y el Chicamocha es el río que interpreta totalmente a Santander. Porque el Chicamocha, que viene desde los páramos bravíos, al explayarse en Umpala y en Pescadero bajo el puente, atraviesa la geografía más rampante de nuestro macizo rocoso, donde el sol es una navaja sangrienta que corta las serranías y las peñas, los cerros de plumbagina, los cajillones y las oquedades abismáticas, que hacen entrever el parto roquero producido en una pirueta geológica, en un torrente de lumbre y de

piedra. Aquí la lumbre reverbera, el viento estalla, la fuerza telúrica revienta en una epilepsia de colores, en un síncope de piedra y fuego. Es Santander con su violencia, con su desnudez absoluta, con su versatilidad y con su estéril esfuerzo contra las cordilleras y contra los abismos”.

He tomado de aquí y de allí conceptos de unos y de otros que representan maneras de ver diferentes, ángulos desde los cuales ven lo que tal vez los otros no alcanzan a vislumbrar. Considero que en esta forma se puede tener una mejor visión de conjunto para analizar mejor el tópico propuesto. Hasta el momento se ve en forma que resalta nítidamente, la influencia extraordinaria del medio sobre la tipología, caracterología o temperamento del hombre santandereano.

Si se decide realizar un viaje y se toma por camino el mapa de Santander, a las pocas de cambio se aprecia que es uno de los departamentos más quebrados del país. Un gran trecho de su territorio, el que corresponde al poniente, pertenece al ardiente valle del Magdalena desde la desembocadura del río Ermitaño hasta la del Lebrija y el San Alberto unidos. Esta gran extensión es selvosa todavía y está sembrada de ciénagas, aun cuando ya en muchas de estas partes alcanza a verse la huella colonizadora de la raza, que empuja constante y va fundando haciendas prósperas para la agricultura y la ganadería. Lo restante del suelo santandereano está constituido por la Cordillera Oriental en uno de sus sectores de mayor expansión, formado por cañones, valles y crestas que la hacen notablemente áspera e intrincada.

De la *Geografía superior* del Hermano Justo Ramón copio: “Los mismos cordones, que la cordillera presenta en Boyacá, se prolongan en mayor o menor extensión en Santander, con distintos nombres. Bajos y de poca extensión en el departamento son los remates de la Cordillera de los “Quinchas”; más prolongado y enhiesto el cordón medianero entre el Magdalena y el Suárez, que lleva sucesivamente los nombres de “Peña de Vélez”, “Cordillera de Lloriqués” y de “Los cobardes”, “Cuchilla del ramo” y despide hacia el poniente la “Sierra de la paz”. Límitrofe con Boyacá está el cordón de Tundama con los “Páramos de la Rusia”, “El consuelo” y “Guantiva” y como un apéndice del mismo, surge la Cordillera de “Amansaguapos” interpuesta entre el Suárez y el Onzaga. Con dirección primero hacia el noroeste y luego hacia el norte, el cordón magistral o eje de la Cordillera marca en parte límites entre los dos departamentos homónimos, o corre cerca de ellos; de sur a norte se suceden en él los páramos de “Carcasí”, “El almorzadero”, “Santurbán”, “Angostura” y “Cachirí”.

“Dos profundos y largos surcos concurrentes cortan la región montañosa: el valle o cañón del Suárez, con rumbo de meridiano, y el del Chicamocha, que lo cruza en bandolera de uno a otro extremo, con terrazas y mesetas, como las de Aratoca y Jéridas a uno y otro lado del formidable tajo de todos admirado”.

Esto hace pensar que el temperamento del santandereano esté acorde con el paisaje que lo ha moldeado. Por eso es altivo, independiente, laborioso, valiente y noble como ninguno.

Sigue entonces en pie aquello de que si hay que darle la suficiente importancia a las características que la herencia transmite, no puede pasarse por alto el medio ambiente, que es la matriz en donde el individuo termina de modelarse. En los pueblos sucede algo exactamente igual. Por las corrientes de sangre o herencia le llegaron al pueblo santandereano notorias características, pero es indiscutible la influencia que los riscos, la introspección obligada, el paisaje en donde todo exceso tiende a desaparecer, en el que todo lo inútil se dispersa o se resta, han tenido sobre las gentes que configuran núcleo tan definido y que tanta influencia ha tenido en lo político, en lo cultural y en lo económico en nuestro país.

Asomarse por encima de las empinadas crestas de las montañas, cortadas en el momento en que precisamente parece que rozaran las nubes, con sensación de que lo que parecía infinito por la propia cortedad de la vista, se torna en ese instante en algo casi tangible, da a quien a ello se atreve, la feliz sensación del explayarse, del dilatarse, de la expansión que proporciona el conocer el más allá que estaba limitando el conocimiento sensorial. Quiere esto decir, que el hecho de que el pueblo santandereano haya tenido que vivir mucho tiempo encastillado entre sus propias vertientes, limitado al paisaje cortante, pelado, arisco y bravo de sus farallones erosionados, lo ha vuelto más inquisidor consigo mismo, más introvertido, más amante de ese pedazo limitado por lo que la vista alcanza a vislumbrar. Y esa especie de sumergirse interior, esa como zambullida dentro de las inconscientes aguas, le ha dado ese sentido tan ponderado y cimentado de la autocrítica, que se exterioriza, se hace patente, en un verdadero desprenderse, en un darse enteramente por su patria, por su tierra, por la amada y por su Dios. De allí, a los cauces del valor que a veces se desborda impetuoso en esta raza matizado de heroísmo, no queda tanto trecho. Es natural, que quien así sabe desprenderse para darse íntegro, le tenga poco apego a la vida, que al fin de cuentas no es sino la rúbrica con que suele subrayar la firma de sus más aquilatados sentires. La heroicidad nace en cuna de desprendimiento y crece alimentada por la nobleza, la independencia, la hidalguía y el amor desmesurado por la libertad.

Su hospitalidad tradicional nace de un cauce más profundo cual es el de su sentido de autonomía y de amor a la libertad. Quien vive y pisa tierra propia, tierra que a su vez pisaron sus mayores, tierra fertilizada con el propio sudor y defendida palmo a palmo y en forma bravía a través de las generaciones, que tiene esa huella impresa que le saben dar las mismas vidas cuando a su vez se encargan de ser también fertilizantes, no ve en el extraño, al aventurero peligroso, y si llegara a verlo, no le teme. Lo estudia, porque se ha formado una filosofía propia para conocer a los hombres. Lo analiza con rapidez, y con cierta ingenuidad que lo sublimiza, le brinda esa hospitalidad que es blasón de orgullo y estirpe en todas nuestras gentes así las más humildes.

Porque el valor, la nobleza, la hospitalidad, la ardentía, la caballerosidad, la honradez, la sencillez y la bondad, nacen de la misma fuente: la formación en el trabajo, en ese hondo sentido del laborar, que no le teme a la adversidad y que es austero, independiente, orgulloso y toca casi siempre de un individualismo muy español por cierto.

El trabajo en nuestras gentes ha dejado de ser la maldición bíblica, para convertirse en el filón que dignifica, independiza y salva. Es algo perpetuamente constructivo en el sentir y en el pensar. El labriego, sabe que por su medio logrará liberarse algún día de las constrictivas ataduras de la miseria; si tiene un poco aspira por su medio a evolucionar hacia algo mejor; y cuando tiene mucho, sabe que solamente trabajando tesoneramente, logrará conservar y acrecentar lo que trabajando ha conseguido.

Pero considerados ya estos dos puntos importantes de la herencia en sí y del paisaje modelador, hay también que estudiarlo desde el punto de vista de la historia, de sus gestas heroicas y de su vida hogareña, crisol en el cual se purifica constantemente la raza, pues la familia santandereana es modelo de virtudes, ya que sus mujeres se distinguen por la consagración hogareña, por su laboriosidad, por su valor, su nobleza, su ternura y su bondad.

— IV —

Dijimos atrás que algo distintivo de los santandereanos, es su amor a la libertad. De ello dieron pruebas muy fehacientes desde cuando se inició la conquista. Con muchas dificultades lograron los conquistadores dominar a los aborígenes, que muchas veces prefirieron morir aplastados bajo los cascos de los caballos, a entregarse sumisos. Los yariguíes lucharon denodadamente hasta ser exterminados; los guanes dieron lecciones de valor sobre la Peña de Macaregua; el cacique Chanchón defendió heroicamente con solo cuarenta hombres a su pueblo hasta caer mortalmente herido y ser tomado prisionero. Pero en atención a su desmedido valor, fue tratado con toda clase de consideraciones y después de que fue persuadido para que renunciara a su independencia, fue puesto en libertad. Siete años más tarde se sublevaron los guanes y nombraron a Chanchón su jefe y fue muerto por Pedro de Orsúa en las lomas fronterizas del Socorro.

Fray Alberto Ariza escribe: “Por eso allí se entiende bien que la libertad es prerrogativa que surge de la naturaleza misma de la persona humana, y que, por lo tanto, la libertad no se mendiga, sino que se la toma, se la goza y se la disfruta como algo propio e inalienable. Este profundo sentido de la libertad, animado continuamente no solo en fuerza del ancestro, sino por el paso libre del viento en las altas serranías, ha hecho de nuestra tierra la abanderada de la libertad en Colombia: ya en el lejano 5 de octubre de 1740, Alvaro Chacón de Luna capitaneó en Vélez la primera rebelión contra el gobierno extranjero; en 1781 los comuneros asestaron el primer golpe decisivo al régimen español, herido desde entonces y debilitado para resistir al ataque de 1810, que surgiría también primero en Pamplona que en Santafé. No en vano el andante caballero de la libertad, don Antonio Nariño, viajó de incógnito en 1796 desde Vélez hasta Pamplona aspirando el aire propicio y acumulando energías para la gesta libertadora.

“Es bueno hacer notar que el movimiento de los Comuneros tuvo como causa inmediata la defensa de la propiedad privada. La merma del pan en el hogar por la injusta exacción sobre el trabajo personal fue la

chispa que prendió la hoguera, no precisamente por ser un impuesto, sino por ser injusto: "No por el huevo sino por el fuero", que dijera el castellano a Pedro el Cruel. Ese amor a la libertad y al derecho han sido herencia sagrada en nuestro suelo: Alvaro Chacón de Luna y los Comuneros tuvieron sus continuadores en los Almeidas, los Santos y los Vargas que impidieron el auxilio a Barreiro, y dieron lugar a que Bolívar lograra los laureles de Pantano de Vargas y de Boyacá, gesto que el Libertador recompensó proclamando a nuestra gente digna émula de Esparta y de Roma".

Sobre el mismo tópico Gabriel Giraldo Jaramillo dice: "Santander ha sido tierra tradicional de libertad e independencia; en sus villas se levantó la primera voz de protesta contra la arbitrariedad de la metrópoli, y en el movimiento de los Comuneros del Socorro, las egregias figuras de José Antonio Galán, Juan Francisco Berbeo y Manuela Beltrán están proclamando el espíritu libertario que años más tarde deberían florecer en los campos de batalla. Si Boyacá fue la tierra de la realización de los ideales de nuestros próceres, Santander señaló el movimiento inicial de la revuelta y marcó el camino que debían seguir los pueblos americanos en su lucha por la independencia.

"El papel que correspondió a los pueblos santandereanos en la historia del departamento y en la de la nación misma, es excepcional; el núcleo de la patria lo constituyen estas agrupaciones humanas, de humildes orígenes muchas de ellas, pero de heroica historia y nobles realizaciones. Santander es una región de ciudades, cada una de las cuales ha sabido cumplir su deber en las horas de prueba y ha contribuido brillantemente a la historia común. Bucaramanga, San Gil, Socorro, Vélez, Girón, Zapatoca, para no nombrarlas a todas, tienen su propia historia pletórica de nobleza y heroísmo. El proceso de la nacionalización no ha sido en último término más que la suma de esos esfuerzos individuales de sus ciudades, villas y aldeas: en ellas se ha venido plasmando la patria, allí se han tomado las más fecundas iniciativas y se han cumplido las mejores jornadas. La historia nacional no es otra cosa que el conjunto, el resumen de las historias locales y en ninguna parte mejor que en los pueblos santandereanos, puede hallarse y admirarse la medula misma de la nacionalidad colombiana".

Parece a veces un tanto monótono que se traigan a cuento cuestiones de historia, pero resulta que quien quiera estudiar suficientemente a los pueblos, necesita de ella para nutrirse y sacar conclusiones en cuanto al desarrollo evolutivo de los mismos. Pasa con ella, lo mismo que con la parte geográfica y topográfica propiamente dichas, que es necesario traer a estudio, porque sabemos cuánta es su influencia en la caracterología tantas veces mencionada. De ahí que no vacile en citar a quienes tienen autoridad para ello, con tal de que a la postre se puedan deducir conclusiones importantes, muchas de las cuales quedarán de por sí entre líneas, pues el relato de los mismos hechos históricos las va sacando fácilmente, o las deja a disposición del lector o del auditorio.

La lista de la participación santandereana en hechos históricos tan importantes como el del 20 de julio de 1810 y en general a todo lo largo de la campaña libertadora, es extensa, considerable y variada. Bástenos

decir que siempre fue activa y sobresaliente y que como dice Juan de Dios Arias: "Asombra ese catálogo en el cual casi no falta ciudad ni burgo santandereano que no figure representado gloriosamente por varios de sus hijos. Nuestra tierra quedó signada por el heroísmo para las luchas de la libertad".

Nombres como los de José Acevedo y Gómez, Andrés Rosillo y Meruelo, Francisco Javier Gómez, Juan Nepomuceno Azuero, Emigdio Benítez, Sinforoso Mutis y el cura de Choachí José Antonio Estévez, todos santandereanos, figuran en las actas, juntas y diligencias de aquellos movidos días del 20 de julio de 1810.

Juan de Dios Arias ya citado dice: "De la provincia de Pamplona (que se extendía hasta el río Chicamocha), de Socorro y Vélez, salieron continuamente auxilios en dineros y contingentes de tropas, y la sangre de nuestro pueblo corrió en lucha desesperada, desde las llanuras de Venezuela hasta las cordilleras del Perú. Y fuera de aquella participación que pudiéramos llamar oficial, todas nuestras gentes contribuyeron a hostilizar al enemigo, particularmente por medio de las guerrillas como aquella de Juan Esteban Ramírez que se movía en los páramos entre Cúcota y Piedecuesta, invisible, impalpable, pero desastrosa como un viento huracanado; la de los Salazares de Gámbita, la de Ignacio Calvo y José Ignacio Ruiz en la provincia del Socorro; la de Coromoro, de la cual fue alma y heroína la entusiasta joven Antonia Santos. Parte de esta guerrilla demoró felizmente la marcha del español Lucas González que iba en auxilio de Barreiro, mientras otro grupo numeroso iba a unirse con las tropas de Bolívar antes del Pantano de Vargas, para participar luego en las faenas gloriosas del 7 de agosto de 1819 en el Puente de Boyacá".

De la lectura detenida de la historia resalta la abundante participación de la mujer santandereana en estas campañas de la libertad. Todas fueron heroínas y con su sangre contribuyeron a la liberación. Mencionamos ya a Antonia Santos quien fue sacrificada en la plaza del Socorro, diez días antes de la batalla de Boyacá. Leonarda Carreño y Fidelia Ramos, fusiladas por Fominaya en Zapatoca en 1817; Evangelina Díaz fusilada en esa misma ciudad en 1818 por Lucas González; Engracia Salgar en el Socorro por Fominaya; María del Tránsito Vargas, de Guadalupe, fusilada por Rafael Iglesias; Elenita Santos, sobrina de Antonia, sacrificada en el recinto de la iglesia de Charalá, durante la bárbara matanza ordenada por Lucas González, tres días antes de la batalla de Boyacá; Manuela Uscátegui, de Puente Nacional, fusilada por Rafael Iglesias.

Dice Juan de Dios Arias: "Los banquillos que alzó la furiosa represión española en Santafé, en el Socorro, en Zapatoca, en Vélez, conocieron también la estoica entereza de nuestros varones. Los nombres de las víctimas santandereanas forman un glorioso martirologio; así principia: Custodio García Rovira, Crisanto Valenzuela, Emigdio Benítez, Miguel Angulo, Antonio Ardila, Pascual Becerra... y tantos otros. Fatigante sería proseguir esta larga lista necrológica.

"¿Y quién podrá enumerar exactamente la legión de santandereanos que en la briega heroica dejaron sus huesos en los campos de Guayana, en los llanos de Calabozo, en Cachirí, en el campo de Carabobo, en el Puente de Boyacá, en Bomboná, en Pichincha, en Junín y Ayacucho?"

“En el mitológico episodio de las Queseras del Medio, ocho lanceros santandereanos participaron en la sin par hazaña. Uno de ellos halló la muerte en el encuentro. ¿Su nombre? Isidoro Mujica, de Oiba. En Pichincha tuvo intervención destacada el batallón Albión, que no obstante su nombre, estaba integrado en su mayor parte por santandereanos o socorreños, como en general se llamaba a los oriundos de las tierras comuneras. El gironés José Arango, el socorrano Luis Beltrán, los piedecuestanos Gregorio Archila, Manuel Carrillo y otros más, llevaron al campo de Ayacucho nuestra estirpe, y el onzagueño Pedro Blanco, y el socorrano Ramón Vargas, rindieron sus vidas en aquella palestra inmortal donde se selló la libertad americana”.

El clero santandereano tuvo también participación muy destacada en aquella época de fervor patriótico y de peligro. Azuero Plata, Amaya, Gómez y Estévez José Antonio desempeñaron un papel muy notable e importante en las jornadas del 20 de julio y posteriormente en las persecuciones que desencadenaron los tribunales de Pablo Morillo; Fernando Caicedo y Flórez ilustre levita suaitano y posteriormente obispo de Bogotá, fue reducido a prisión y luego deportado a las cárceles de Cádiz en 1816. Monseñor José María Estévez nacido en Bucaramanga, que tanta intervención tuvo en esos primeros años de nuestra vida republicana y a quien Bolívar hiciera en Santa Marta las últimas y más íntimas confidencias, también merece recordarse.

Puede decirse por consiguiente, que Santander estuvo dignamente representado por sus varones ilustres, por sus dignas y heroicas mujeres, por el clero y por el pueblo. Todos dieron muestras de su gran amor a la libertad que lo lleva nuestra gente en su sangre y afrontaron con valor las persecuciones y hasta la misma muerte, porque sabían que estaban escribiendo una página gloriosa para la historia de Colombia.

— V —

Si el amor a la libertad caracteriza al pueblo santandereano como se ha demostrado ampliamente con su nutrida participación desde la época de la conquista hasta la de la liberación y luego en la propia república, hay otros puntos o facetas muy sobresalientes por cierto, como son la organización familiar, el valor a toda prueba y su música representada en la guabina por cuyas coplas corre el alma de la raza, que merecen destacarse y no ser olvidados en este estudio.

La familia santandereana es una familia unida todavía por el calor hogareño, y altar que congrega a padres y a hijos para saborear las alegrías, las tragedias, las derrotas y los triunfos. La mujer, altiva, bondadosa, bella, resignada, austera, no se le queda atrás al varón en cuanto a coraje y gallardía. Las páginas de la historia son suficientemente elocuentes y el martirologio con nombres femeninos, es de los más abundantes en calidad y en cantidad de toda la nación.

Por otra parte el hombre santandereano por ancestro es hogareño. Como sus antepasados los catalanes y los asturianos, puede exhibir con

orgullo sus hogares modelos. El hijo se forma allí en el constante martilleo que presupone el permanente ejemplo de los padres. La familia tiene una tan selecta calidad, que mezcla la altivez con la independencia, la valentía con la laboriosidad y la nobleza con la sencillez. Ha hecho un lema de la hospitalidad y una base inconmovible de la honradez y la lealtad. Y esa fina calidad lejos de menguarse “se ha venido aquilatando a lo largo de siglos de duro bregar, en el aislamiento impuesto por la geografía, el desconocimiento y el abandono en que hasta hace muy poco tiempo se mantuvo al pueblo santandereano. Porque hay que tener en cuenta que un pueblo sin caminos, sin fortuna, sin escuelas, de no ser como el nuestro se hubiera embrutecido con el correr de los años”.

Pero nuestro pueblo merced a esa formación que ha tenido, a esa constante lucha que lo ha caracterizado, ha logrado superarse, y así lo ha manifestado a través de su deambular por la vida de la nación. Y lejos de sentarse a llorar y embrutecerse ante lo inexorable, ha dado claras muestras de lo que puede un pueblo que sabe trabajar. Como lo dice acertadamente fray Alberto Ariza: “Fuimos los primeros en cultivar el café; presentamos antes que nadie nuestro petróleo a los ávidos ojos del extranjero; Girón dio el oro más puro de sus colonias a la Corona de España; la caña de azúcar y el tabaco dieron y continúan dando bajo nuestro esfuerzo, los productos de más alta calidad; las barreras de nuestras montañas nos acuciaron a salir por el aire y tuvimos el primer aeropuerto mediterráneo de Colombia; Bucaramanga es sede de la mejor universidad industrial de Sudamérica y hoy brindamos también, los primeros en Colombia, materias primas a las industrias de la era atómica con nuestras minas de uranio”.

“A través de la congénita adustez de nuestro pueblo, afloran sus grandes cualidades morales y sus bruñidas prendas sociales. Incansable en el trabajo, leal a la palabra empeñada, consecuente en la amistad, exquisito en la honradez. Oyen consejos y atienden razones pero se encabritan con los gritos. Son adustos y un tanto rudos en su trato, que prescindan de formas modosas. Alérgico a la estudiada superficialidad, no abunda por aquí la ironía que de ordinario presupone un tanto de rebuscamiento. Es que el paisaje adusto y convulsionado se adentra en el alma para saturarla de un coraje transparente que no admite superpuestos, que hace mirar de frente con toda dignidad, sin necesidad de caer en la insolencia. Lo cual en ninguna manera impide la delicadeza de sentimientos y la capacidad de apreciar la belleza.

“Celoso de su propio derecho, es asimismo en extremo respetuoso del ajeno. No puede olvidarse en la historia nacional que hace ya más de cien años, cuando en el mundo no se pensaba en ello, la Cámara Provincial de Vélez reconoció la ciudadanía de la mujer, y para 1850 no había en esta provincia un solo esclavo como lo comprobó el autor de la *Peregrinación de Alpha*, no obstante que la ley que les dio libertad solo vino el 28 de mayo de 1851. El Puente de la Libertad sobre el río Suárez, recuerda que se construyó con el producto de manumisos de la región. El Estado Soberano de Santander, creado por la ley 13 de mayo de 1857, avanzó tan eufóricamente en teorías sociales, como la ciudadanía, para todo el que pisara el territorio de Santander, la amnistía para los presos, la pros-

cripción de toda esclavitud, que dos años después el gobierno central hizo convocar otra asamblea para frenar la primera”.

Su intensa participación en las contiendas civiles, el valor y el poco apego a la vida que es algo innato en él, porque como dijera Tomás Vargas Osorio: “la vocación para la muerte en el hombre santandereano, no es sino un anhelo de armonía consigo mismo y con el mundo circundante. Sobrante de vida, busca un escape en el cumplimiento festinado de las leyes biológicas, la muerte. Es preciso para que la vida sea armónica, que muera la vida sobrante, que se filtre por entre las porosidades de la negación camino a reintegrarse a la medida”, le han valido al santandereano con frecuencia inusitada el calificativo de matón.

Pero muy bien que lo dice fray Alberto Ariza tantas veces citado: “Es falso que el santandereano sea de perversos instintos. Y si de pronto en los tenebrosos recodos de las breñas aparece algún malhechor, es en Santander en donde el bandido rubrica sus hazañas con rumores de leyenda conjugando la hidalguía con el atropello, el soberbio arranque con la gratitud, el desafuero con la devoción filial y el arrojo con la ternura. Lo sórdido, aún en el crimen, allí es desconocido.

“Hasta época reciente, los santandereanos solo éramos conocidos como bandoleros de la Sierra Morena, por las escopetas, los revólveres y los rifles de tremenda precisión. Pero cuando el progreso abrió puertas y ventanas sobre nuestra tierra, nuestros vecinos y nuestros huéspedes quedaron asombrados ante la gallardía de nuestro pueblo, la alcurnia, el regalo y la belleza de nuestras ciudades, los adelantos de nuestra industria, los afanes y preeminencias de nuestra agricultura, las patrias empresas de nuestro solar, la vocación artística y el refinamiento espiritual de nuestro pueblo, lo sutil y alado de las almas en extraño contraste con el paisaje que, si bravo y adusto, es gobelino de leyendas, nartecio de patrias memorias, solar de la historia, donde la espontánea avenencia de las flores y el aseo, aún en la humilde vivienda, es prueba de la nobleza de los habitantes, que tienen su puerta abierta para el fatigado viandante, y están dispuestos a compartir su taza de chocolate y sus sabrosas arepas con el ocasional visitante”.

Y el santandereano es un pueblo alegre. El alma santandereana se revela especialmente en su música. Y nada igual a su guabina. En ella palpita la raza. El pueblo se sale y se va de viaje por ventas y caminos, llevando siempre la copla, con la cual suele expresar sus más íntimos sentires. El amor rueda por la estrofa como el agua cantarina de los arroyos; las penas se ensortijan a los versos, flotan, se difunden y se evaporan, mientras la canción se pierde en el ambiente; la filosofía popular encuentra manera de expresarse en ella en forma por demás elocuente y rueda de aldea en aldea, de pueblo en pueblo, con los arrieros, por los mesones y por las ferias.

La copla, hija de la tierra, se enreda como las “lianas” al espíritu de sus gentes. Picarezca a veces, llena de efluvios sentimentales las más, vuelca el alma de un pueblo que cantando se ríe de las penas, encuentra un aliciente en la lucha, e ironiza lo que a otros les pudiera ocasionar desazón o pesar.

Gonzalo Buenahora escribió: “La guabina nació en el corazón del pueblo. Lelio Olarte la recogió en los cafetales, y la llevó al pentagrama para que las radios y las orquestas la pudiesen tocar en los salones de las grandes ciudades, y conmover de esta manera el corazón reblandecido de los urbanos, llenos de nostalgia y saudades... Sus coplas no las escribió ningún poeta. Brotaron y continúan brotando espontáneamente del pecho desconocido del labriego. Por eso emplea la forma más sencilla: versos de arte menor”.

Elberto Téllez Camacho dice: “La copla necesita ambiente, y este no lo halla en los salones sino en el aire libre de los plantíos, bajo el ancho cielo, oloroso a flor de café, a trapiche, a trabajo humano, con sabor de mazorcas y sonrisas de mujer joven y bonita. La copla es del campo y cuando entra a las ciudades, es con desenfado, se aposenta un rato cerca del estanco, y al fin se abre brecha por la ancha plaza, rubricada con tiples e instrumentos rústicos, para hacer soñar a las mocitas que escuchan desde las ventanas barnizadas de don Eleuterio el alcalde, o de don Facundo el notario, o de don Alonso, el gamonal”.

De el *Folclor santandereano*, publicado por la Dirección de Educación Pública de Santander, copio: “En las melodías de la guabina, sencillas pero de extremada variedad dentro del “aire” fundamental, la copla enreda sus conceptos y sentires y se va por ventas y caminos, por labranzas y trapiches, por altos y cañadas, a veces acompañada del tiple, otras veces desnuda como una deidad aérea, pero siempre saturada por el perfume de la tierra y hondamente lírica como el alma de la raza”.

Esa alegría que deja brotar el pueblo entre su música, le ha servido de escape para resistir los impactos de la pobreza a que se vio sometido, del aislamiento en que estuvo, y de la austeridad con que tuvo que sobrevivir. El estoicismo que es otra cualidad de nuestra gente, no se lo ha ganado con blandura ni mucho menos. Pero con todo, no perdió ese maravilloso don de reírse de la vida, aún en las circunstancias más difíciles. Por ello, el alma del pueblo santandereano, se refresca y se solaza en las fiestas, nutriéndose de coraje y preparándose dignamente para las venideras luchas. En esto no niega su origen aragonés que siendo sobrio, activo e incansable, laborioso, sincero, tenaz y amante de la independencia, es amigo de divertirse de veras cuando llega la ocasión y lo hace entonces con toda la alegría que lleva almacenada en su interior.

Un pueblo alegre es un pueblo grande, y Santander ha sabido serlo a través de su austera adustez. Por los caminos de la patria van sus canciones como un mensaje, que en las gargantas de sus hijos cobra todo el hondo sentir de sus valientes corazones.

— VI —

Intencionalmente dejé para el final el estudio de la parte cultural santandereana. La cultura es el termómetro que marca el calor vital de un pueblo. El nuestro no ha sido inferior a su destino porque tiene una completa constelación de hombres ilustres que en todos los tiempos le die-

ron brillo al país. Hombres que han descollado en las ciencias, en las artes, en la política; poetas que han cantado sus maravillas, a sus hermosas mujeres, al valor de la raza, al pueblo estoico y corajudo; escritores del periodismo que han librado importantes campañas por el mejor estar de nuestro departamento y por el imperio de la verdad y de la ecuanimidad; pedagogos ilustres que han sabido nutrir las mentes de nuestro pueblo con el clásico estoicismo y apostolado propio de esta dura profesión; egregios varones del clero que en todo tiempo han sabido conducir y dirigir el rebaño por los senderos del amor, de la nobleza y de la dignidad cristianas; artistas de la música, de la escultura, de la pintura; políticos de talla; hombres de bien en todos los campos; historiadores que han conseguido que la tradición en nuestra tierra, la historia de las heroicidades de sus hijos, esté a flor de piel, porque no han sido cortos ni perezosos para rebuscarla en archivos, desempolvarla y hacerla conocer; y en fin todo un conjunto homogéneo de dignos valores, prez de la estirpe, honra y gloria de la raza ante el país y ante los admirados extraños.

Sus academias, sus centros culturales, su Universidad Industrial, sus periódicos, sus revistas, proclaman a los cuatro vientos, que no obstante el decir de algunos, que siendo extraños al departamento se creen pontífices en cuestiones culturales para afirmar el estancamiento intelectual de Santander, proclaman repito, que sí hay progreso en este difícil aspecto.

De *Un proceso cultural de Santander* escrito por Gustavo Serrano Gómez, copio: "Pudiera decirse que Santander se halla en la etapa de los valores colectivos. Tiene sus poetas, sus historiadores, sus escultores, sus ensayistas y sus filósofos, pero la cuestión esencial es que el pueblo posee un nuevo sentido intelectual.

"Antes, tres décadas atrás, el Olimpo de los talentos tenían los nombres de Carlos Martínez Silva, o de Ismael Enrique Arciniegas, o de Aurelio Martínez Mutis o de Juan Cristóbal Martínez y Serrano Blanco. Eran luminosos José Camacho Carreño, Tomás Vargas Osorio y Barrera Parra; y viven en su obra de óleos y de bronce Rodríguez Naranjo, Carlos Gómez Castro y Agelvis.

"Hoy no se mide la cultura de Santander por el valor de un intelectual que viva en su torre de marfil. Aquí, toda esta tierra, la más individualista de Colombia en cuanto a las concepciones de la filosofía política, existe una mentalidad diferente en la órbita de la inteligencia. La Universidad Industrial de Santander ha creado un espíritu nuevo en el ambiente y es ella la que rige la orientación espiritual de toda la comarca".

Esto que anota Gustavo Serrano Gómez es algo tan real y tan cierto, que basta llegarse a Bucaramanga para vivir y sentir el impulso que se aprecia en la pulsación progresista de todas sus gentes. Parece que el corazón que constituye la Universidad Industrial de Santander, estuviera bombeando sangre progresista a todas las áreas para revitalizarlas en todos los campos que la técnica moderna impone. Hay un resurgimiento que se hace palpable. Lo que estaba oculto se está dejando ver en este pueblo, que vencidas las naturales barreras que durante tantos años lo

tuvieron constreñido e ignorado, empieza ya a vislumbrarse los efectos maravillosos del desbordarse en los campos del progreso, de la industrialización y de la técnica, para posteriormente dejar ver completamente en toda su pureza, una cultura digna de ser conocida y admirada.

Y vuelvo a citar a Gustavo Serrano Gómez, cuyo escrito seguiré casi por completo, ya que lo considero muy acertado y de actualidad en la justipreciación del estado cultural de Santander. Dice así: "Santander está construyendo un pueblo. Aquella antigua edad del escritor y del artista delante de un conglomerado atónito, ha fenecido. Del culto intensivo de las letras por parte de una exigua minoría que tuvo su guía en los libros de fin de siglo, se ha avanzado hasta el ancho campo en que las oportunidades se han abierto por igual a todos. Desde luego, no se puede ser ajenos al tiempo del mundo, y hoy un sentido social rige las inquietudes de la inteligencia. Ni la literatura en general, ni las disposiciones temperamentales en particular, ofrecen obras para el simple gusto de la belleza de la forma y del ideal del pensamiento.

"En realidad la técnica no ha dominado al humanismo, pero ha ganado poderosos terrenos en las nuevas generaciones. Es presumible que haya un interés en el dominio de la ciencia básica de la industrialización, pero no como objetivo primordial, sino como medio para un posterior disfrute de las obras que surgen de la cultura propiamente dicha.

"Este pueblo se ha salvado por su raza y por su ancestro intelectuales, pero su suerte le fue adversa en la economía, y la pobreza le condenó a trabajar en exceso para poder subsistir, no habiéndole quedado tiempo ni espacio para la producción intelectual.

"Ahora el petróleo está resolviendo sus problemas fundamentales. Y breves serán los años que deberán pasar para que se consagre a las letras y a las artes. Esta generación actual, será típicamente técnica; la próxima podrá ser humanística y técnica. Los santandereanos saben explicarse este fenómeno: la metalización no ha dominado totalmente a nuestro medio. Pero con el sentido práctico de todo pueblo que ha padecido privaciones, ha sabido organizar el tiempo hacia el futuro".

Y todo esto es lógico porque de acuerdo con la problemática moderna, hay que hacer nuevos y a veces revolucionarios planteamientos, si no queremos estancarnos definitivamente o lo que es peor marchar hacia el caos completo. Por eso dice con razón Belisario Betancourt en su ensayo *De la miseria a la esperanza* lo siguiente: "No podemos cargar con la paja sino con el trigo de las verdades heredadas. Y esas verdades, verdades sazonadas por la prueba de fuego de los avatares presentes, ostentarán por sí mismas su validez y se harán inexpugnables entre las convulsiones futuras.

"Se tiende ahora a forjar los cimientos que sustenten a una sociedad capaz de conseguir mejores niveles de bienestar material, formas de equilibrio entre sus elementos como base de una vida espiritual más fecunda.

"Hasta hace poco se creía en Colombia que la concentración del ingreso era la única fuente deparadora de la acumulación capitalista exi-

gida por el desarrollo. Esta verdad edificada por la ortodoxia económica, creaba repelentes oasis en medio de extensos eriales de pobreza, de ignorancia, enfermedad e injusticia”.

Y Claude Roy en su libro *L'homme en question* remata el tema que tiene relación con la cultura y dice: “No es todavía evidente que el siglo XX haya enseñado a los hombres a vivir mejor, pero sí lo es que ha enseñado a leer y a escribir a los pueblos.

“Los países subdesarrollados se han puesto a decir muy alto lo que jamás habían tenido ocasión de decir: hemos leído en diez años más escritores negros y árabes que los que habíamos leído en un siglo.

“La difusión masiva de la cultura y de sus obras no crea únicamente generaciones de lectores, de espectadores, de consumidores: ella multiplica también los creadores. El genio sigue siendo un don, pero el talento ya no es privilegio. Cada vez hay más pintores, si no admirables, al menos honorables. No todos los escritores son profesionales, y cada año leemos algunos libros de autodidactas que tenían algo que decir, y lo dicen bien, con naturalidad y con fuerza”.

Y dice Gustavo Serrano Gómez: “Por el hecho de haber cambiado la estructura económica de Santander trasladándose de lo pastoril a lo industrial, del minifundio a la gran producción, de la obra de mano de sombreros de paja a la refinería del petróleo, han surgido consecuentemente horizontes originales en los cuales habrá de operar un pueblo que tiene un aire romántico y sensitivo que habrá de condensar en las más virtuosas expresiones de la cultura”.

Pero añado yo, que no vaya a perder su autenticidad, porque en donde esta desaparezca, “el hombre vivirá en deserción de sí mismo, proyectado por fuera de su propio problema, extranjero en su propio ser”, como lo dice muy bien Belisario Betancourt.

Lo cierto en todo caso, es que Santander no se ha detenido en su proceso intelectual sino que como dice Gustavo Serrano Gómez: “hizo un alto en el camino de la historia para entrar ahora al nuevo sentido cultural de la existencia colectiva. En la medida como se describen menos figuras culminantes, ha crecido y se ha expandido en todo el pueblo el ansia de saber, y una mentalidad hacia la superación. Santander está creando ciertamente así, un porvenir estructurado y sólido”.

Porque Santander ya no es aquella tierra que al evocarla hacía pensar en las tradicionales luchas banderizas que esmaltaron nuestras contiendas civiles. Hoy los cauces del progreso han aprisionado ese coraje ancestral y lo han tornado fuerza viva en la industrialización, en la técnica y en el progreso que brota por cada uno de los poros de esta raza valiente. Bucaramanga, la antañera ciudad tranquila y soñadora, es hoy una urbe pujante, en la que el ritmo intenso de construcción permanente la ha llevado a ocupar el quinto lugar en población ya que en progreso intelectual ocupa el tercero, se salió de su llano tradicional y empezó a treparse a sus colinas y sigue su movimiento de expansión, tratando de hacer suyos los municipios de Girón y de Floridablanca. Es tal la vitalidad y la pu-

janza en el desarrollo de Bucaramanga, que son precisamente los extraños o los hijos que regresan después de larga ausencia, quienes mejor la aprecian como un vigoroso impulso que impele hacia el futuro e irradia su trepidación de progreso en forma impresionante.

Y si la madre crece, los polluelos que son sus pueblos, sus aldeas, sus comarcas, sus veredas, siguen el ritmo que ella les marca. Un pueblo, como el nuestro, al que la misma topografía aislaba, encerraba y estrangulaba, se fue abriendo paso buscando la salida para vencer el aislamiento a que durante tantos años estuvo condenado. Hoy Santander no es ese núcleo aislado. Su paisaje ha cambiado muy poco y su gente sigue siendo igual. Su tradicional hospitalidad, su franqueza, su sencillez, su bondad, su nobleza, continúan formando parte de las aquilatadas virtudes de la raza, que se ha tornado más realista, más progresiva y técnica y más consciente de su proyección vital en la estructura del país, y del destino histórico que lleva en la sangre de sus hijos, para hacer trabajar también a ritmo de progreso el corazón nacional.